

Como van los ríos por los campos

Francisco Javier Serna del Campo

No nos damos cuenta de quién nos habita. Vivimos, nos movemos, nos ocupamos en cosas y apenas si disponemos de cinco minutos para considerarnos a nosotros mismos. **¿Quiénes somos? ¿Quién guía nuestros pasos? ¿Hacia dónde nos encaminamos?** Y sin embargo, somos seres humanos con capacidad de trascendernos a nosotros mismos, de superarnos, de estirarnos más allá de nuestra sombra. Nos sobredimensionamos con sólo pensar que somos criaturas de Dios, que Dios anda cerca, que nos ocupa por dentro de forma misteriosa, aunque, ¡pobres de nosotros! con frecuencia cambiemos el paso y vivamos caminando a gran velocidad.

Necesitamos serenarnos todos, sentirnos a nosotros mismos, apreciar nuestras vibraciones interiores que pasan de ser vulgares movimientos emocionales que van y vienen. Son algo más. Ahondan nuestro propio ser, nos descubren nuestro interior, dan la medida y la talla de nuestra potencialidad espiritual; nos enriquecen sin tener conciencia de ello, nos hacen fuertes ante nuestra propia debilidad. ¿Acaso no decía San Pablo, consciente de su mundo interior en donde tenía asentado a su amigo Jesús, que **“todo lo puedo en Aquél que me conforta”**? No era pura retórica para un hombre como él, de vasta cultura y trato frecuente con el mundo helenístico. Era fuerte, se sentía seguro porque así lo demostraba ante los avatares de su ajetreada y baqueteada vida: tenía una compañía cerca, muy adentro de sí, se sentía habitado por Jesús resucitado. Nada le hacía temblar ni perder de vista el horizonte apostólico de su misión y de su vida, gracias a quien le habitaba interiormente.

Hay siempre alguien que por detrás nos está tocando el hombro, como llamándonos la atención **¡Eh, que estoy aquí!** nos parece decir. Lo expresa perfectamente el libro del Apocalipsis: **“Mira que estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré y comeré con él y él conmigo”**. Hacer silencio, retirarse un momento del mundanal ruido, querer dialogar con uno mismo...profundizar en las razones del vivir, del amar, del trabajar es ponerse en la onda de Dios, de Jesús, nuestro amigo que sigue nuestros pasos, que se ocupa de nosotros, que nos puede visitar en el mismo ciberespacio en donde transcurrimos horas y horas. Él es más que una vibración, es más que un icono virtual, más que una imagen que nos entenece de momento y se disuelve sin dejarnos huella alguna; es un persona que nos sigue, que nos ama sin apenas tener conocimiento de ello, que nos busca, que se nos pone a tiro, que está más dentro de nosotros mismos que nuestro propio interior. Cuando aquel hombre de inteligencia extraordinaria que fue Agustín de Hipona decía, tras beber en otras fuentes sin encontrar satisfacción: **¡Oh hermosura infinita, cuán tarde te amé!** declaraba al tiempo su pobreza y su riqueza, lo que se había perdido años y años, y lo que acababa de conquistar con sólo pararse a pensar y considerar su propia vida. Tarde es ahora, es el aquí mismo, es el **“ya está bien, hasta aquí he llegado”**. Y decirlo una y otra vez hasta que nos sintamos cerca de la luz, y la presencia del invisible se haga real dentro de nuestra piel, no sea que con el correr de la los años, el alma se nos haya disecado, y nosotros nos hayamos vuelto sordos y ciegos para no apreciar lo que de modo excelente y plástico canta un poeta de Castilla: **“Llenos de Dios vamos los hombres / llenos de Dios y sin saberlo/ como van los ríos por los campos / llenos de cielo”**.